

## Notas de arte

J. Ramírez de Lucas.

### GEORGES BRAQUE, EL ULTIMO DE LOS GRANDES PINTORES FRANCESES



(Foto Keystone.)

A un general victorioso, a un presidente de cualquiera de las Repúblicas francesas, al más glorioso de los académicos literarios, no se le hubiera podido rendir mayores honores que los que se le han dispensado al pintor Georges Braque con motivo de su reciente fallecimiento en los últimos días del pasado verano.

El talento literario de André Malraux había preparado cuidadosamente un elogioso panegírico que pronunció con voz emocionada ante el catafalco del pintor colocado en uno de los patios principales del Museo del Louvre, cuando se acallaron los sonos de la marcha fúnebre de Beethoven *A la muerte de un héroe*. Malraux hablaba como ministro de Estado y de Asuntos Culturales de la IV República y quiso justificar el boato desplegado diciendo que era "la revanche des pauvres obsèques de Modigliani et du sinistre enterrement de Van Gogh". Pero en realidad al ministro le importaban muy poco en aquella ocasión los entierros de los otros dos pintores mencionados, entre otras razones porque Modigliani era italiano y Van Gogh holandés. A Malraux, como a todo francés, lo único que le interesaba era valorar al máximo una gloria francesa, y él sabe muy bien que Braque es el último de los grandes pintores franceses.

No hay que olvidar que fué un francés el que inventó el concepto "chauvinisme" y que esta palabra tiene vigencia en todos los idiomas cultos porque no se ha encontrado otra que defina mejor la idea de patriotismo exagerado.

Acostumbrados durante bastantes años a ser *vedette* (otro vocablo francés) internacional, los franceses, cuando no tienen figuras importantes, se las inventan y las ponen en circulación con un inteligente despliegue propagandístico. En esta ocasión la materia prima existía y la apoteosis era lógica. Las exequias por Braque son demostrativas de la importancia suma que el arte ha adquirido en la vida moderna y que Francia consideraba a este silencioso y anciano pintor como "une part de l'honneur de la France", según palabras ministeriales del citado discurso.

Braque lo merecía. Era una especie de gran señor de la pintura que vivía retirado del tumulto del mundo y en su pueblecito normando de Varengeville-sur-Mer laboraba sin cesar hasta pocos días antes de su muerte. No era como su compadre y contemporáneo Picasso un hombre abierto a la vida y todas sus pasiones, sino todo lo contrario. La misma elección en la localidad para residir parece confirmarlo: Picasso, en el bullicio de la mundanal Costa Azul, a medio del camino entre España e Italia, en el punto de cita soleado de los cuerpos ávidos de estímulos; Braque, frente a las brumas lluviosas del Atlántico, en un paraje donde es preciso recluirse en la penumbra caldeada del hogar para poder trabajar.

No es posible hablar de Braque sin tener que recurrir constantemente a la referencia de Picasso, su gran amigo, y compañero de los años heroicos. Todo el mundo sabe que ellos dos fueron los fundadores del "cubismo", el primero de los credos estéticos ver-



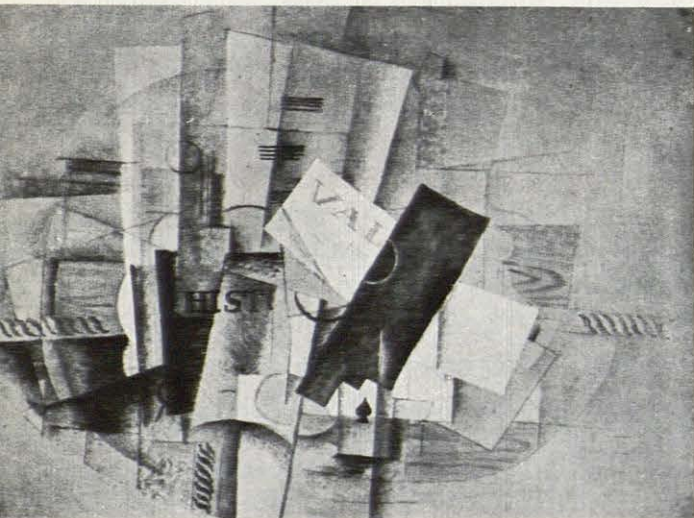


Epoca fauve.

daderamente revolucionarios, el que había de preparar el terreno para todos los demás que vendrían después. Y en realidad heroica fué su labor de "pintar conjuntos nuevos con elementos tomados no de la realidad de la visión, sino de la realidad de la concepción", según frase de Apollinaire.

Braque también teorizó sobre el cubismo y es importante la serie de aforismos que escribió en los años fundacionales nada más inaugurado el siglo XX. Pero tal vez la frase clave de Braque, la que nos sirve más para penetrar en su personal concepto de la pintura es la de *Los sentidos deforman, pero el espíritu forma*. A este lema ha seguido fiel el pintor hasta el último momento de su existencia; las formas deformadas se fueron haciendo cada vez más espirituales, más desprovistas de lastre sensorial,

La mesa del músico. 1913.



hasta quedar en esas escuetas abstracciones últimas, en esos blancos pájaros fantasmales en los que Braque parecía querer retener la santificación del espíritu. "No hay que imitar aquello que se quiere crear", es otro de los postulados de Braque y el pintor se ha esforzado en no imitarse a sí mismo, aunque no haya logrado la total independencia de una etapa con la precedente que consiguió Picasso.

Fiel a su manera, en una ascendente escala sin bruscos silencios ni rupturas. Una melodía de tono suave ha impregnado toda la obra de Braque y toda su vida también. Su talento le ha impedido evitar la receta; su fidelidad, continuar y apartarse al mismo tiempo de sus propios postulados, evitando el amañamiento, aunque no la repetición de temas y tratamientos melódicos de los mismos. Braque conocía bien sus posibilidades y no ha querido salirse mucho de ellas, aunque a veces el ejemplo desmoralizante de Picasso le haya sacado de sus "casillas", intentando múltiples aventuras por todas las facetas de la creación artística. Así, Braque ha hecho escultura, grabado, dibujo, caligrafía, diseños para joyas, vidrieras, cerámica, etc. Aunque eso sí, siempre atento a lo que él amó sobre todo: "Yo no amo más que dos cosas, el silencio y la música". Obra impregnada hasta la esencia de un sentimiento musical que tantas veces nos conmueve en la soledad de los museos como un arpegio que llegase desde el silencio primero del tiempo.

Braque ha conocido en vida todos los honores máximos a que puede aspirar un artista. Nunca fué "pintor maldito" ni ignorado, tampoco vocación contrariada por la familia, caso que tantas veces suele ocurrir. Al padre, pintor de brocha gorda, le encantaba que su hijo pudiera llegar a ser un verdadero artista y alentó desde el primer momento sus aficiones. En aquel taller de pintura industrial paterno aprendió el adolescente Georges no pocos de los secretos del oficio. Pronto tuvo amigos interesantes y expuso desde muy joven; a los veinticinco años conoce a Picasso, amistad decisiva no sólo para ambos, sino para todo el arte moderno. Desde 1908, año en que se produce aquel encuentro, hasta 1914, en que estalla la primera de las guerras mundiales, el cubismo se formula, estructura, da la batalla y produce el primer gran escándalo estético del siglo.

La gran guerra es un paréntesis de inactividad en la obra de Braque. Allí es herido, trepanado, pero allí obtiene también dos menciones de honor por su conducta como soldado. Convaleciente de sus heridas, en 1917 vuelve a pintar; su vinculación a Picasso ya no será tan estrecha como antes, pero en sus producciones respectivas puede observarse una constante de "vidas paralelas". En 1948 obtiene la máxima confirmación oficial de su pintura, el Gran Premio de la Bienal de Venecia. Unos años más tarde es nombrado comendador de la Legión de Honor, Medalla de la Villa de París, etc. En 1952, siendo director de



los Museos de Francia Georges Salles, Braque recibe un encargo que hasta la fecha no se le había hecho a ningún contemporáneo, nada menos que ofrecerle un techo del Museo del Louvre para que pintase allí lo que se le antojase. El honor era desusado y no ha vuelto a repetirse desde entonces, y para ser fieles a la verdad hay que reconocer que Braque no estuvo a la altura de las circunstancias, limitándose a emborronar la superficie de un azul sucio y sin matices y a destacar sobre él dos formas blancas y desangeladas que recordaban muy vagamente a unos



Naturaleza Muerta sobre el cojín. 1918.

pájaros en vuelo. Ni composición, ni calidad de pintura, ni nada, justificó el encargo. Sólo la firma.

Braque ha sido un producto típico de la burguesía Francia, o sea un pintor francés por excelencia. El principal defecto de su pintura es el mismo que se observa en Matisse, en Dufy, en Renoir: la falta de tensión dramática, de verdadera pasión, que hace que una obra artística nos sacuda las fibras del cuerpo y del alma. La suya es una pintura civilizada, correcta, serena, elegante, amable y dicha con discreción, pero ¿son éstas acaso las cualidades supremas de cualquier forma de arte? La historia se

encarga de decirnos que no y que muchas veces las incorrecciones, las equivocaciones, hasta los errores, no importan nada cuando el artista se llama Giotto, Uccello, Masaccio, Grünewald, Cranach, Greco, Bruegel, Rembrandt, Goya, Picasso, Solana, o sea cuando el artista es supremo en verdad.

También Braque es producto típico de su tiempo, del dilatado momento que le ha tocado vivir. El nació (1882) en la cuna del Impresionismo, en la localidad de Argenteuil, cercana a París, pero no por ello se sintió ligado a este movimiento. Amigo desde la niñez de los hermanos Dufy, se sintió llamado en un principio de su arte por el "fauvismo", entonces naciente. No más de una veintena de cuadros suyos se conocen con esta tendencia. Su estancia en L'Estaque, donde un año antes había muerto el gran maestro Cezanne, le hace comprender cuáles son los derroteros en los que debe orientar su pintura. Su conocimiento de Picasso por esas mismas fechas (1907) les hace caminar juntos a la búsqueda de lo que después se habría de llamar "cubismo", nombre que unos achacan al comentario despectivo de Matisse y otros al juicio de un crítico parisino. "De antemano, no se sabe nunca de dónde vendrá la llamada. Es preciso esperar." Son estas palabras del propio Braque dichas muchos años después, recordando los años heroicos de entrega y lucha por la nueva estética que iba surgiendo.

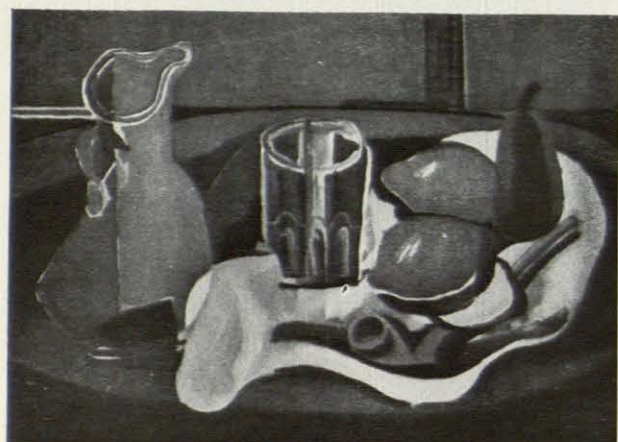
La espera cuajó en el revulsivo del "cubismo", del que penetrantemente ha escrito Cassou: "El horror que se apoderó del público cuando apareció el cubismo, demostró que se trataba de una revolución. El malestar que todavía se manifiesta ante las obras cubistas indica también que esta revolución no se ha integrado suficientemente en la historia, que no ha ocupado por completo su lugar en la serie de las revoluciones, las cuales, al llegar a ocuparlo, pierden un poco de su inicial carácter anormal y agresivo para convertirse en estilos. Pero ésta sigue siendo una revolución" (1).

La gestación del cubismo no fué fácil, y para llegar a estructurar sus postulados se necesitaron mentalidades tan despiertas y agudas como las de los pintores Picasso, Braque, Lhote y Juan Gris, también la de un poeta de visión profética que creyó en el grupo desde el primer momento, Apollinaire, el cual escribió en los días iniciales: "Nos encaminamos hacia un arte verdaderamente nuevo, que será a la pintura, tal como se la ha considerado hasta hoy, lo que la música es a la literatura. Esta será la pintura pura, lo mismo que la música es la literatura pura" (2). Palabras que, vistas desde hoy, nos parecen que se podían referir mejor al arte abstracto que al cubista. Por cierto que ha sido el propio Bra-

(1) Jean Cassou: *Panorama de las Artes Plásticas Contemporáneas*.

(2) Guillaume Apollinaire: *Les Peintres cubistes*. Ginebra, 1950.





Barcas. 1930.  
Naturaleza Muerta.

que el que recordando recientemente la aportación del poeta al cubismo, dijo de él: "No entendía nada de pintura. Unicamente nos quería y tenía confianza en nosotros."

Aunque posteriormente Braque fué evolucionando hacia una mayor abstracción en sus asuntos pictóricos, conservó siempre de la época cubista el bidimensionalismo, o sea su desprecio total por la perspectiva

geométrica, como se había venido utilizando desde el renacimiento. La búsqueda y uso de materiales nunca utilizados también ha pervivido en él desde aquellas invenciones de los papeles pegados al cuadro, de los periódicos y los papeles de música formando parte del bodegón cubista. La arena mezclada con el óleo tuvo en Braque uno de sus primeros utilizadores, y hasta en sus últimas pinturas no ha dejado de ejercer esta experimentación, que da un carácter tan específico a su pintura "metamórfica". "Un primer rasgo de este genio francés es su facultad de establecer y de mantener un acuerdo entre especulación y realización, entre idea y oficio. La pintura de Braque es pintura íntima, pintura doméstica y casera, pero que puede elevarse a una grandeza religiosa. Braque inventa sin cesar, pero no se equivoca nunca; él crea, a través de toda clase de interrogaciones y rebuscas, pero posee, entre sus medios de expresión, el infalible instinto de la calidad" (3).

Calidad desplegada a lo largo de toda su obra, desde sus comienzos "fauve" hasta las pinturas finales, de acusada abstracción. Pintura rigurosa y esquemática, en la que "subsiste la disciplina arquitectónica, pero disimulada con discreción. Ella es la que asegura un milagroso equilibrio a los objetos que parecen vacilar o flotar en el cuadro" (4).

Gloria de Francia, último de sus grandes pintores. Un hombre apartado, trabajador infatigable, que no gustó de las propagandas y que conoció los mayores honores que se le hayan dispensado nunca a un pintor. En la muerte como en la vida.

(3) J. Cassou: *Ob. cit.*

(4) Frank Elgar: *Braque.*



El taller de Braque, con algunas de sus últimas obras.  
(Foto Keystone.)